

¿Existen pues los presentimientos? ó entonces ¿por qué me imaginé yo que era de mi de quien se trataba, y que esta conversacion que anunciaba mi padre no era extraña á la advertencia de M. de la Cruz?

— « ¡Una gran desgracia os amenaza! »

¡Una gran desgracia! procedente de mi padre, de mi padre, ese protector natural dado por Dios, ¡qué locura! Deseché rápidamente esta idea que consideraba como una impiedad. Pero por mas que hacia y hago aun en este instante para desecharla, vuelve obstinadamente, como un refran grabado en la memoria se obstina en salir de nuestros labios, aun en medio de las mas grandes tristezas.

La hora de la partida habia sonado. Mientras nos envolvian de pieles á mamá y á mí, vi pasar al coronel Fritz por debajo del techo de cristales. El tambien me pareció sombrío y amenazador.

— ¡Espérame, le gritó mi padre, soy contigo!

No nos acompañó en efecto sino hasta el coche, cerró él mismo la portezuela y dió orden al cochero de conducirnos á casa.

Luego volvió á subir las gradas, y antes que el cupé estuviere en movimiento, se reunió al coronel y comenzó á hablarle con animacion.

Es de mí, de mí, estoy segura, de quien hablan.

Mamá se habia metido en el rincon del cupé, y yo no me atrevia á preguntar nada, ni darle cuenta de la singular confianza del vizconde de la Cruz. Hubiera sido mi deber sin duda, pero cuando estaba á punto de decirselo, un instinto secreto me prevenia que era preciso callar. Mamá habia puesto su pañuelo sobre sus labios, y dos ó tres veces me pareció que lloraba.

— ¿Qué teneis? ¿qué teneis, mamá? le pregunté en fin.

No respondió; solamente su mano asíó la mía y la estrechó fuertemente. Llegada al palacio, me abrazó febrilmente en la frente y sentí toda mi cara bañada en lágrimas.

— ¡Cipriana! ¡Cipriana, es menester obedecer á vuestro padre!

Esto fué todo lo que me pudo decir, y en lugar de acompañarme hasta mi aposento, segun su costumbre, se encerró en seguida en su cuarto.

¿Qué significan todos estos misterios? ¿Por qué esta amenaza, por qué estas lágrimas? ¿Qué hacer? ¿De quién fiarme? Mi madre me ordena que obedezca, pero ¿por qué llora al ordenármelo? M. de la Cruz tiene pues razon... y hé ahí el peligro, el gran peligro que voy á correr!... Mi instinto, mi corazon, y todo mi ser me gritan que es á él á quien debo escuchar, y mi deber me lo prohíbe.

¡Ah! ¡por qué no estás aquí, Ursula, por qué no estás cerca de mí! Tu amistad me aclararia, tú me aconsejarías, tú me sostendrías y tú me defenderías.

Así en un solo sarao del mundo he visto todo, sus embriagueces y sus peligros oscuros, y yo estoy sola para protegerme contra los unos como contra los otros.

Mira, siento el corazon tan henchido que me ahogo. Esta casa paterna adonde venia con tanta confianza está llena de asechanzas. Mi padre, me lo temo, es mi mayor enemigo;

mi madre sufre tanto como yo, pero deja hacer, y el solo ser en quien me siento una confianza entera é inalterable, el solo en quien tengo la fé de que puede salvarme, es un extraño.

¡Oh! ¡si me engaño, si blasfemo, perdóname, Dios mio! ¡soy tan desgraciada, estoy tan triste, me siento tan indiferente á todos los que me rodean, tan desechada!... ¡Haced, Dios omnipotente, que me haya engañado y que haya blasfemado! ¡haced que mi padre no piense sino en mi dicha, que las lágrimas de mamá sean lágrimas de alegría!

¡Haced que la amenaza de M. de la Cruz sea una calumnia, y os bendeciré, y de mi triste corazon un himno de reconocimiento se elevará hácia vos!

Decididamente me vuelvo loca, acababa de cerrar mi pequeño cuaderno azul, y consolada y fortalecida por mis plegarias, me disponia á meterme en la cama. Ya estaba medio desnuda. Acababa de abrir mi cofrecito de joyas, cuya llave solo tengo yo, para poner mis sortijas y mis pendientes, ¿y sabes tú lo que encuentro? Un billete que no contiene mas que una línea :

« Un gran peligro os amenaza. — Vuestros amigos velan, ayudadles. »

¿Cómo ha venido este billete aquí? ¿Quiénes son esos amigos misteriosos y terribles que pueden penetrar hasta mi cuarto, escribir en él las mismas palabras pronunciadas á mis oídos por M. de la Cruz? Mis amigos, ¡ah! ¡no son quizás mis enemigos mismos que toman la máscara de la amistad para mejor engañarme! ¡Pero entonces los lloros de mamá, el aire confuso y descontento de mi padre!... ¡Oh! mira, yo no sé qué creer, qué esperar, qué temer.

Estoy segura de M. de la Cruz; no se miente, no se engaña con esa cara y esa mirada. — Luego, ¿por qué querría engañarme? ¿Qué interés tiene en arrojarme tal turbacion en mi conciencia y en mi corazon? ¡Oh! ¡si me mintiera, si ese espanto que me abrumba fuera un cálculo de su parte, sería el último, el mas despreciable de los hombres!

« Un gran peligro os amenaza. ¡Vuestros amigos velan, ayudadles! »

VI

UNA CASITA EN 48...

Entretanto y en la hora misma en que Cipriana trazaba en el cuaderno azul las castas confianzas que nuestro privilegio de historiador nos ha permitido trascribir leyéndolas por encima de sus hombros, una escena de naturaleza muy diferente se representaba en una casa no muy grande situada cerca de la barrera Pigalle. Este barrio, hoy completamente edificado, estaba ocupado entonces por vastos terrenos y grandes jardines frondosos,

En el fondo de uno de estos jardines, el mas sombrío y mas discreto de todos, es donde encontraremos al coronel y á su amigo el conde Loredano de Puysaie, á la salida del baile de la señora de Monte-Cristo.

Están allí diez ó doce convidados de los dos sexos, la flor y nata de la galanteria parisiense.

La cena toca á su fin, y el clásico champaña chisporrotea en los finos tulipanes de cristal.

Las damas tratan de decir palabras chistosas y los señores las encuentran algo chocantes.

Tristes placeres en suma, placeres convenidos y puestos en escena mil veces en los tablados de los pequeños teatros; comedia vulgar donde el hombre oculta su desprecio secreto, y la mujer su profundo disgusto bajo las apariencias de no sé qué ardor vergonzoso y físico; donde ambos á dos se rien á carcajadas, la una para aturdirse y el otro por temor de bostezar.

La reina del festin era Nini Moustache, una de esas celebridades cuya boga dura lo que dura la frescura de su tez, es decir, algunos dias, algunos meses ó algunos años. Negocio de higiene...

M. de Puysaie, que estaba enamorado locamente de ella, habia encontrado á Nini en no sé qué baile público, y desde ese dia habia puesto en su frente la corona de flores de esa efimera soberanía.

El hecho es que en un mundo donde la belleza es el único título, los derechos de Nini Moustache no eran dudosos. Habria sido difícil imaginar mas poderosa y apetecible criatura, formada como una Venus antigua, en pleno mármol viviente, flexible como una culebra, corrompida como el vicio mismo.

Su única rival, si la rivalidad hubiese sido posible, era la rubia Aurelia, llamada la Monte-Cristo.

Ya hemos explicado mas arriba la semejanza que le habia merecido ese renombre.

Ahora bien, esta noche, Aurelia retenida sin duda por M. de la Cruz, que pasaba por su protector, no estaba presente, y siendo pues, toda comparacion imposible, Nini Moustache brillaba sobre todas sus demas compañeras, como el sol brilla sobre las estrellas.

Por otra parte, hacia largo tiempo que Aurelia y ella habian comprendido que toda lucha entre sus bellezas iguales no haria mas que debilitar su poderio; de ahí habia nacido entre ellas una amistad basada primero en su interés comun, y que poco á poco se habia hecho sincera; habian hecho uno de esos pactos de cortesanas casi siempre tan fielmente observados por entrambas partes como los pactos de los ladrones.

Los caballeros estaban enteramente ébrios y las odaliscas medio achispadas. Así como la cena habia degenerado en orgia, la orgia habia degenerado en bacanal. Ya no era la alusion licenciosa, sino la propia palabra obscena; no se bebía ya champaña, se bebía aguardiente. Uno propuso que se encendiera un ponche como en las noches locas de las costurerillas y modistas y de los mancebos de comercio. Otro rompió una salvilla para hacerse castañuelas.

Las princesas cantaban no se sabe qué refranes aprendidos en otro tiempo no se sabe dónde.

Y es que en el fondo, título ó no, pobre ó rico, inteligente ó necio, el hombre es siempre el mismo y no despierta impunemente el animal que dormita en él. Llegada á cierto grado, la embriaguez del príncipe es idéntica á la del trapero.

Loredano se levantó de su silla con disgusto :

— Ven, dijo al coronel Fritz.

El espectáculo de esta fiesta de los sentidos en delirio, encargada por él, pagada por él, le sublevaba el corazon, su alma se henchía de un indecible desprecio de los otros y de sí mismo.

Cuanto mas se cantaba, mas se gritaba, mas se reía con risa frenética y loca, mas se sentía uno invadido por una mustia é inexorable tristeza, que quizás era remordimiento.

Algunas veces, á fuerza de beber, habia llegado á descender al nivel de sus desordenados compañeros; hoy no podia; cuanto mas bebía menos lo conseguía. Entre él y las mujeres descabelladas, rojas de llama sensual, y cuyos ojos lanzaban rayos como tizonas de infierno, una imágen se elevaba vaporosa y pura, la imágen de Cipriana.

De Cipriana acostada á esta hora en su blanco lecho virginal, y que sin duda habia rogado por él á Dios al quedarse dormida.

Y entonces, arrojando una mirada feroz hácia el coronel Fritz, que no sospechaba lo que pasaba en el espíritu del conde, murmuraba sordamente entre dientes :

— ¡Si me hubiese engañado, sin embargo!... ¡si Cipriana fuera mi hija!...

El coronel Fritz no habia demostrado oír á Loredano; aplomado mas bien que sentado en su silla, miraba su vaso lleno con aire embrutecido.

— ¡Vamos! ¡vamos! repitió el conde de Puysaie sacudiéndole brutalmente.

El coronel se volvió como una bestia feroz á quien se despierta, y lanzó una mirada fulminante hácia aquel que habia tenido esta osadía. Durante un segundo, las miradas de los dos hombres se cruzaron provocadoras y chispeantes como el choque de dos espadas; durante un segundo pudieron leer uno en el alma del otro, la profundidad del odio que ocultaba su aparente intimidad.

— Pero ¿vienes? dijo por tercera vez Loredano.

El coronel Fritz se levantó penosamente, y sin observacion alguna siguió al conde. Este dió la vuelta á los grupos, que no percibian siquiera su salida, y dijo por encima de la espalda dos palabras de adiós á Nini Moustache, y bajó de cuatro en cuatro los escalones, tanta prisa tenia de salir de aquel lugar de podredumbre, y bajó tambien las gradas últimas, al pié de las cuales un carruaje sin escudo de armas le esperaba.

Nini estaba hace largo tiempo acostumbrada á los bruscos cambios de su dueño y amante para commoverse mas de lo debido. Esta muchacha fuerte tenia el desden de toda debilidad. Alargó irónicamente los labios, encogió sus blancos hombros y murmuró :

— ¿A qué partir? ¡ya volverá mañana!... Y con un largo suspiro añadió:

— ¡Ah! ¿por qué no parte para siempre?...

El carruaje de M. de Puysaie se cruzó bajo la bóveda de la puerta cochera con otro coche que llegaba; y algunos minutos después, la hermosa Aurelia hacia á su vez su entrada en la sala del festín.

La semejanza de esta magnífica criatura con la señora de Monte-Cristo parecía evidente á la primer ojeada; pero cuando se la examinaba con mayor atención, se echaban de ver las notables desemejanzas que existían entre esta notabilidad de la sociedad sospechosa, y la verdaderamente ilustre señora del gran mundo ó alta sociedad.

Las dos eran rubias; pero mientras que los cabellos pálidos y como cenicientos de la gran señora dulcificaban sus rasgos majestuosos en una especie de neblina luminosa, las trenzas opulentas de la cabellera de Aurelia parecían tejidas con hilos de oro rojo, y arrojaban sobre las líneas móviles y desdeñosas de su labio, sobre la acentuación voluntaria de su nariz recta, sobre las profundidades azuladas y frías de sus ojos azules, un reflejo leonado y apasionado.

Ambas poseían la misma belleza soberana; pero la una, á la manera de las primeras emperatrices cristianas, tan majestuosas y tan serenas; mientras que la otra hacia pensar involuntariamente en Faustina ó en Mesalina.

Las mismas semejanzas y las mismas diferencias en las voces.

La de la señora condesa de Monte-Cristo era mas armoniosa y mas matizada, la de Aurelia mas sonora y mas enérgica. Sin embargo, tenían asonancias extrañas, y tan parecidas, que se hubiera dicho que era una misma música traspuesta en tono diferente.

Al ver entrar á Aurelia, Nini Moustache corrió á ella.

— ¡Ah! ¡ya estás aquí en fin! creía que no vendrías.

— ¿Cómo no había de venir! le respondió Aurelia en voz baja, cuando tú me has escrito: — «Yo sufro.»

— ¡Oh! puedes hablar alto, respondió Nini con una sonrisa amarga, son incapaces de entender y comprender lo que decimos. Miralos.

Y con su mano tendida mostró desdeñosamente á los convidados, que parecían otras tantas imágenes de la bestialidad. Las risas roncadas desgarraban las gargantas, las canciones terminaban en hipo; algunos dormían con la frente sobre la mesa, otros se habían sencillamente enrollado en el tapiz; el hombre de las castañuelas acompañaba por intervalos irregulares y espasmódicos, con su choque seco y lúgubre como un chis chas de osamentos, la melopea sorda de los roncadores.

— Ven, dijo Nini á Aurelia, estos predestinados de Bicetre (1) me dan náuseas.

Y llevando siempre á Aurelia de la mano, abrió una segunda puerta, que cerró por dentro con cerrojo, luego levantó una tupida cortina de terciopelo.

La pieza donde entraban las dos mujeres era un vasto

cuarto de dormir, débilmente alumbrado por la luz temblorosa de una lamparilla. El brillo vacilante se reflejaba con capricho sobre la superficie de los espejos y sobre el oro sóbriamente empleado de las molduras. Los pesados cortinajes caían con pliegues rectos á lo largo de las paredes y del hueco de las ventanas. Una espesa alfombra ahogaba el ruido de los pasos, así como los colores sombríos de la colgadura hubiesen oscurecido la luz mas viva. Era mustio y suntuoso, imagen patente de la habitante del local, forma espléndida, donde el alma estaba ausente.

Nini Moustache se había dejado caer todo lo larga que era sobre un diván, y sollozaba convulsivamente mordiéndose la tela con sus dientes blancos.

En pie é impassible, Aurelia la contemplaba.

— ¡Ah! exclamó en fin Nini, levantándose con un movimiento brusco, ¡hé aquí lo que hacemos de los que nos aman! ¡Locos furiosos é idiotas! — ¡Ah! pobres moscas locas, ¡con qué arañas tenéis que habéros las!

Dirigió una larga mirada á Aurelia.

— ¿Tú no has experimentado nunca eso? ¿No has sangrado por las heridas que les hacías? ¿retorcido tus brazos pensando en sus sufrimientos y maldecido tu propio destino?

Aurelia movió lentamente la cabeza de derecha á izquierda.

— Jamás, dijo.

— ¡Ah! ¡eres fuerte tú! murmuró Nini con ingénuo y cínica admiración; yo quisiera ser así.

Calló un instante, y echándose atrás su cabellera castaña, como una yegua que se encabrita:

— En suma, tienes razón; ojo por ojo, diente por diente, sufrimiento por sufrimiento, deshonor por deshonor. Nos hacen de la vida un presidio, ¡que lo participen!

Ellos han manchado nuestro cuerpo, manchemos su alma. Nada de piedad cobarde, y puesto que su amor es desprecio, ¡que el nuestro sea odio!

Aurelia no respondió nada á esta perorata feroz; fué lentamente hacia su amiga, que se había dejado caer sentada en el diván, y poniendo su mano fría en el brazo desnudo de Nini Moustache:

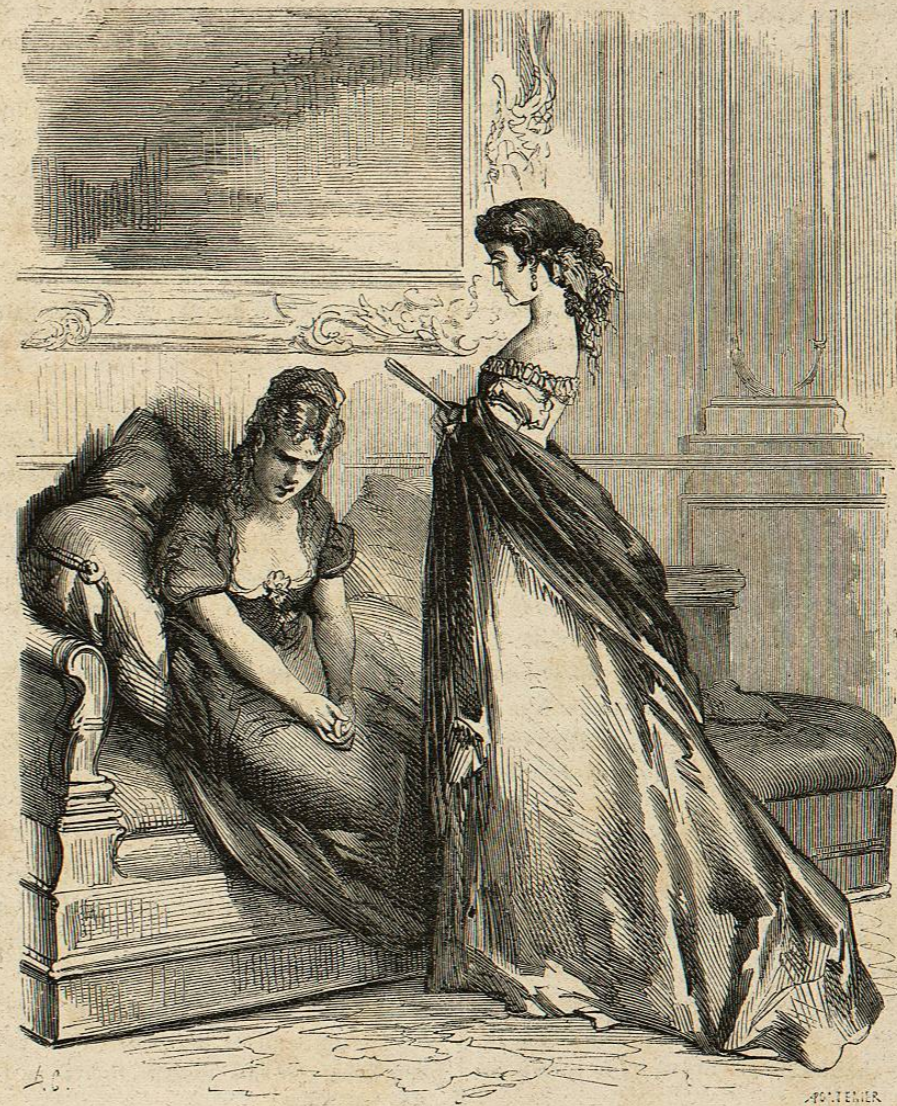
— ¿Qué tenías que decirme? le preguntó.

— ¡Yo!... ¡nada! ¡Ah! sí, ¡me acuerdo! tenía que decirte que sufro; ¿qué quieres? (y su voz se impregnó de una singular amargura); no soy animosa y valiente á tu manera; lo he ensayado y no he podido conseguirlo. A despecho de mi voluntad, alguna cosa palpita aquí adentro que me es imposible ahogar por entero. Hago mi obra friamente, como un cirujano. Tengo el carácter desapiadado: sonrío cuando me suplican, cuando sollozan otros yo río á carcajadas; pero la comedia es penosa, sí, ¡y tú ves como yo la pago!

Aurelia hizo un pequeño movimiento de impaciencia.

— Si no quieres decirme nada mas que eso, me voy...

— ¡No! ¡no! te suplico que te quedes, le dijo tomándole las manos y forzándola á sentarse. No me dejes sola. Me hace falta valor; un consejo, al menos un consuelo. ¡Oh! ¡si supieses qué infamia se me hace cometer!



Se dejó caer sobre un diván, y sollozaba convulsivamente.

— ¡Una infamia! replicó irónicamente Aurelia... ¿de veras?

— ¡Sí! exclamó valerosamente Nini Moustache, ¡una infamia!... En suma, ¿qué mal me ha hecho Loredano? Cuando me conoció ya estaba yo perdida; él me ha impedido al contrario que rodara á una ignominia mas profunda. Él me ha hecho rica, de su boca he oído salir las primeras palabras respetuosas que no se me habían dirigido después de muchos y largos años. Él me ha persuadido casi que yo era una mujer como las otras. Y en cambio, ¿qué encuentra él en mí? Un amor ficticio que le mata, una lucha incesante en que agoto su energía y su voluntad; caprichos extravagantes que él se arruina por satisfacer... ¡Que se arruine! — ¡pardiez! ¡soy bien tonta! — que se ha arruinado, pues la cosa está acabada.

— ¿Y bien? preguntó friamente Aurelia.

— Pues bien, continuó la desdichada, M. de Puysaie tiene

una mujer que, dicen, es una santa y mas bella cien veces que yo. Eso me es igual; su mujer es mi enemiga; yo estoy llena de celos; pues, ¿comprendes? yo amo á ese ser á quien desgarré; á ese ser á quien maté; yo le amo por todos los sufrimientos que soporta y cuya autora soy yo!... Me ha sacrificado su mujer, ha hecho mal, porque ella vale mas que yo; ella le hubiera salvado quizás. Pero yo estoy contenta que me la haya sacrificado. Tiene también una hija de diez y seis años; me la sacrificará mañana.

Aurelia se encogió de hombros.

— Sí, te entiendo: ¿qué importa? quieres decir... yo me he dicho también eso al principio. Se me ha vendido bien á mí, ¿qué importa que la vendan á ella?... Pero he querido verla, he tenido la imprudencia de hacérmela mostrar en los Campos Eliseos... ¡Oh! mi querida Aurelia, ¡un ángel con cabellos rubios y una sonrisa!... He vuelto á casa enteramente turbada.

(1) Bicetre, hospital de locos en París. (El traductor.)

¡Pobre inocente niña! y es una criatura de mi especie la que tiene su suerte entre sus manos. Si el capricho me incita, ¡puedo jugarla, en el desorden de una orgía, en dos vueltas de lansquenets! Mira, eso hace saltar el corazón, encrespase los pelos, subir el sudor frío á la frente. Decididamente, eso no es justo.

— Pero, ese mal... no, disfrazo la palabra: ese crimen, ¿quién te obliga á cometerlo?

— ¿Quién? ¿es menester pues que te lo diga todo? ¿Quién? Los seres infernales que me han perdido á mi misma, que perderán á otras muchas todavía: los reclutadores de la *Morgue* (1), de la prision y del hospital, los especuladores del lodo humano, los infames mercaderes de almas, los usureros, que tienen en un bledo vuestra honra y vuestra conciencia, los empresarios del vicio.

— Y ¿tú no puedes revelar?... ¿no puedes?...

— ¡No puedo nada! Soy suya. Me tienen cogida por la parte mas sensible del corazón. ¡Oh! si no se tratase mas que de morir ó de ir á presidio para arrancarme de su tiranía!... Pero no: ¡ellos saben bien en qué punto sensible de mi alma deben herir! Toda lucha es vana, es imposible. La ruina del conde de Puysaie era necesaria á sus planes oscuros. El conde de Puysaie está arruinado. Les hace falta la ventura de su hija: la tendrán; y yo, miserable instrumento de su concupiscencia ó de su venganza, no puedo revolverme contra la mano que me empuja...

Nini Moustache se habia levantado, y media á pasos largos el aposento.

— Escucha, dijo: lo sabrás todo; voy á hablar delante de tí en voz alta, como no me atrevo á hacerlo en voz baja en la soledad de mi conciencia. Pero te prevengo, ni una palabra; nada de ironía, nada de esas burlas frías que te son familiares, pues entonces no sé lo que haría, sería capaz de matarte. Si no puedes impedirte el sonreír, á lo menos no quiero ni aun verlo.

Sopló la lamparilla y el aposento quedó súbitamente sumido en la mas profunda oscuridad.

— Ahora comienzo, continuó Nini Moustache; pero te prevengo de nuevo, es á mi misma á quien hablo, no es mas que á mi conciencia á quien me confieso: por lo que hace á tí, no me interrumpas, escúchame, ó duerme si puedes.

VII

CONFESION DE NINI MOUSTACHE.

En el tiempo en que yo era niña, comenzó á decir Nini, me llamaban con un nombre que me es imposible pronunciar hoy sin estremecerme. ¡Oh, Dios mio! un nombre muy

(1) Sitio público donde se exponen en París los cadáveres desconocidos encontrados por la justicia. (El traductor.)

sencillo, muy vulgar; pero este nombre es para mí la sola huella de un pasado desaparecido que nada puede hacer renacer; es el recuerdo de la casa paterna, el recuerdo de mis esperanzas y de mis candores.

Me llamaban Celina. Ahora Celina ha muerto, y un solo ser en el mundo, Nini Moustache, se acuerda de ella.

Mi padre, simple oficial de relojero, habia conseguido, merced á su trabajo, á su honradez y á su perseverancia, crear un pequeño establecimiento.

No he conocido á mi madre, muerta en el parto de una hermana que me queda; pero como mi padre era tan bueno, nunca me apercibi, mientras vivió, que me faltara una madre.

Cuando estuve en edad, llegué á ser alguna cosa como una directora de casa, mi padre me confió todos los detalles interiores de la familia y la guarda de mi hermana Ursula; yo era la que la vestía, la paseaba, y tambien yo preparaba las comidas y componía la ropa desgarrada, mientras que sentado en su mostrador con su único aprendiz, con el lente en el ojo, mi pobre padre componía los relojes de la vecindad.

No éramos ricos; pero el pan cotidiano no nos hacia falta. Éramos felices.

El aprendiz de mi padre — representa gran papel en mi vida, ó mas bien, yo represento uno demasiado terrible en la suya para que yo le olvide, — se llamaba Luis Jacquemin.

Era un muchacho poco mas ó menos de mi edad, muy bien educado y muy honrado, hijo de una viuda que habitaba en nuestra casa, y en nuestro mismo tramo de la escalera, y que era nuestra sola compañía.

Madama Jacquemin no parecia estar mas rica que nosotros, como se dice; pero cuando se tiene buen corazón y buen ánimo, de dos miserias unidas se puede hacer un pasable bienestar.

Luis era trabajador, inteligente; aprendía bien su oficio, y mi padre preveía ya el instante en que le cedería su tienda dándole á su hija.

Esta perspectiva no me desagradaba. Amaba mucho á Luis, aunque no fuese todavía mas que un niño; yo tenía el aire de una mujercita. Él estaba ufano de darme el brazo en el paseo y de llamarme su prometida; amor propio ó amor verdadero, el muchacho me adoraba.

En aquella época mi padre hizo conocimiento — por caridad — con un joven que vino á ocupar en nuestra casa una miserable boardilla amueblada que la portera le alquilaba por seis francos al mes.

Al principio no nos apercibimos de la presencia de este nuevo huésped, tan discreto era y hacia poco ruido. Sucedía á menudo permanecer dias enteros sin salir de su boardilla; otros, al anochecer, le veíamos colarse á lo largo de la escalera, disimulando bajo el alda de su levita rapada, pero siempre limpia, un bulto que por su forma se adivinaba ser un pedazo de pan.

Mi padre presintió una de esas miserias dignas que se ocultan, como si la miseria noblemente soportada fuera un

vicio. Buscó disimuladamente los medios de hacer conocimiento con nuestro vecino. Permanecía en la meseta ó en el umbral de su tienda en el momento en que el joven bajaba, intentaba entablar conversacion, pero durante los primeros tiempos, el otro no respondió sino con algunas vulgaridades corteses, y la estimacion de mi padre se aumentaba.

— Tiene altivez, decía.

Una ocasion, no obstante, una ocasion de vida ó de muerte rompió la frialdad entre él y nosotros.

Hacia dos dias que no se le habia visto salir, y permanecía encerrado en su boardilla. Mi padre llamó vanamente á la puerta, no se le respondió; en fin, se decidió hacer saltar la cerraja, y encontró al pobre joven tendido sobre su lecho, desvanecido y medio muerto de inanición.

Nosotros le cuidamos como á un hijo, como á un hermano, y desde este dia, mientras encontrase una ocupacion, llegó á ser el comensal asiduo de la casa.

Sin embargo, — y este detalle hubiera sin duda resfriado una alma menos honrada y menos generosa que la de mi padre, — nuestro huésped no creyó deber concedernos una confianza completa.

Sus maneras, ciertos hábitos de elegancia y de lenguaje indicaban un nacimiento superior á su estado. Nadie insistió por conocer un nombre que sin duda ocultaba por orgullo. Nos confesó ademas que pertenecía á una familia honorable y rica; sus parientes habian querido forzar su inclinacion por el teatro, dándole á escoger entre la miseria ó el abandono de su vocacion. Su eleccion no habia sido dudosa; pero como despues de todo su nombre pertenecía tanto á su familia como á él, por un escrúpulo exagerado de delicadeza lo habia dejado, á la manera de muchos de sus camaradas, para tomar uno de capricho.

Se hacia llamar Florestan.

Su manera de ser enfática, que me parecia el cúmulo de la distincion, sus entonaciones teatrales y fatales, como se decía entonces, el misterio mismo de que se rodeaba, todo me atraía vivamente hacia Florestan. Tenía maneras de hablar del *Arte* en las cuales no comprendía yo nada, y que me entusiasaban. Me recitaba tiradas de sus poesías que yo escuchaba con la boca abierta; entonces, exaltado por un entusiasmo facticio, por una especie de embriaguez nerviosa, exclamaba:

— ¡No es verdad que es bello! ¡no es verdad que será grande! — ¡un gran artista!

Y yo, pobre chica, juntando las manos, respondía ingenuamente:

— ¡Oh! sí, ¡es muy hermoso!

Florestan tenía razon por demas. Debía llegar á ser en lo sucesivo un gran cómico, uno de los mas grandes y peligrosos de entre los cómicos que representan su papel sobre la escena inmensa de la vida parisiense.

Las tablas que le estaban destinadas eran el suelo aristocrático de los Campos Eliseos y de los ricos arrabales, el empedrado de la Bolsa, el asfalto de los bulevares. Debía representar en estos sitios un papel, y lo representó en un drama terrible, cuyo desenlace nadie puede prever, y se en-

sayaba en este papel de traidor del gran mundo fascinando en la trastienda de un pobre relojero á una simple joven boba de veinte años.

La fascinacion fué completa, pronta y fácil. Creo, cuando pienso en ello, que habia nacido mala, perversa. Mi naturaleza contenía en germen todos los instintos que hacen fácil la perversion. Era coqueta, golosa, curiosa de aventuras; los cuidados de la casa me parecían una esclavitud insostenible. No habia mas que una cosa buena en mí: un corazón de madre; amaba á mi Ursula, á mi hermana, como una mujer ama á su primer nacido.

¡Ay de mí! este amor, que hubiera podido salvarme, no ha servido sino para perderme mas.

Florestan supo, con una habilidad infernal, aprovecharse de todos los recursos. Excitó mi coquetería hasta el delirio, hizo fascinarme presentando ante mí el encanto de la vida de los bastidores, los vestidos de raso, los encajes, los diamantes, la adoracion universal, ¿qué sé yo? Nos dió dos ó tres butacas para ir al teatro; yo volví loca. Las actrices me parecían diosas ó reinas mas bien que mujeres ordinarias, yo me hubiera puesto de rodillas delante de la última de las figurantas.

¡Ah! si me hubiera hablado del reverso de este mundo tan brillante en apariencia, y de las traseras de los bastidores manchados de aceite, tapizados con viejos carteles de teatro, de los sombríos y estrechos corredores, y de los vestidos de lana oscura, y de los tartanes grasientos con que mis reinas y mis diosas cambiaban, al salir, sus vestidos con lentejuelas y sus coronas de talco. ¡Pero se guardaba bien! Me hubiera afirmado, en caso necesario, que ese carton cubierto de cobre era oro verdadero, y que eran diamantes y perlas esas bujerías de vidrio y esos diamantes imitados.

¿Qué decir mas? estaba embriagada. Yo tambien aprendía de memoria, ocultamente, la prosa pomposa de los melodramas. Envuelta con el tapete de la mesa, y armada con mi cuchillo de cocina en la mano, me figuraba ser una Margarita de Borgoña ó Isabel de Baviera; revolví los ojos, hacia retumbar la R, y yo me encontraba soberbia mientras que él exclamaba palmoteando:

— ¡Bravo! ¡Magnífico! ¡asombroso! Ya puede andarse con cuidado la señorita Georgina.

Y durante este tiempo el pobre Luis y mi padre, cuyo amor mas querido era yo, gastaban sus pobres ojos para asegurar su bienestar y el mio.

Jacquemin avanzaba en edad, y con los años, su amor por mí se aumentaba. Este amor era el que le ilustraba sin duda. Él solo desconfiaba de Florestan. No se atrevía á manifestar su antipatia por temor de ofenderme; pero no habria yo sido mujer entonces, si no lo hubiese conocido. Temiendo que un estallido no abriera los ojos á mi padre é hiciera imposible la realizacion de mi proyecto, me hice hipócrita. Fingí ser cada vez mas tierna por mi desposado. El pobre mozo se dejó coger en este grosero lazo, pagándose de las exterioridades. Se llegó hasta hablar de una manera enteramente precisa de un proyecto quedado hasta entonces en lo vago.